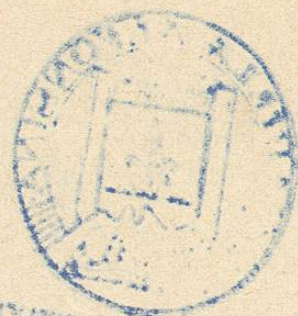




BIBLIOTECA

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



UNIVERSIDAD DE MEXICO  
BIBLIOTECA



Batalla de Bouvines (27 de julio de 1214)

## LUIS VII. — FELIPE AUGUSTO — LUIS VIII (1137-1226)

POR M. A. LUCHAIRE, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

### LIBRO PRIMERO

LUIS VII (1)

#### CAPITULO PRIMERO

##### LOS COMIENZOS DE LUIS VII

- I. Los conflictos con la Iglesia y la guerra de Champaña.—  
II. La segunda cruzada.—III. Suger y la Regencia.

I.—*Los conflictos con la Iglesia y la guerra de Champaña* (2)

Diez y seis años tenía Luis VII á su advenimiento al trono (1.º agosto 1137). Sus dominios comprendían la larga porción de territorio que sus contemporáneos llamaban *Francia* y que se extendía desde el Vermandois

(1) FUENTES.—Los textos relativos á la historia de Luis VII se encuentran reunidos en los tomos XII á XVI de la colección de *Historiens de France*. Las principales fuentes son: la *Historia Ludovici VII* (edición Molinier, 1887), las crónicas inglesas publicadas en la «Collection du Maître des Rôles,» las actas de Luis VII (Luchaire, *Etudes sur les actes de Louis VII*, 1885) y la correspondencia del mismo rey, publicada en el tomo XVI de los *Historiens de France*.

OBRAS DE CONSULTA.—Hirsch, *Studien zur Geschichte König Ludwigs VII von Frankreich*, 1892 (para el período anterior á 1160). Otto Cartellieri, *Abt Suger von Saint Denis*, 1898. A. Cartellieri, *Philipp II August*, libro I, 1899 (para los últimos años del reinado).

(2) FUENTES.—El *Fragment inédit de la vie de Louis VII préparé par Suger*, publicado por Lair en la «Bibliothèque de

TOMO II

al Bourbonnais, sobre los valles medios del Sena y del Loira. Además, duque de Aquitania por parte de su mujer Alienor, mandaba de Châtellerault á Bayona y de Pui á Burdeos. Su sello le representa sentado sobre un trono, con larga cabellera sobre las espaldas, la corona en la cabeza, el cetro en la diestra y una flor de lis en la mano izquierda. Es la actitud que conviene á la majestad real, al rey sagrado, al soberano de la Francia entera, al sucesor de Carlomagno. Pero, en su contrasello, se nos ofrece Luis VII con traje ducal, ciñendo espada y escudo, protegido de coraza, cubierta la testa con el casco cónico y altivamente erguido sobre su caballo al galope. Esto quiere indicar que la Aquitania, por mucho que pertenezca al rey, no ha sido absorbida por la Francia y que conserva su existencia propia, con

l'Ecole des Chartes,» tomo XXXIV; las biografías de San Bernardo y su correspondencia, publicada en el tomo XV de los *Historiens de France*.

OBRAS DE CONSULTA.—D'Arbois de Jubainville, *Histoire des ducs et des comtes de Champagne* (1859-1869), tomo II. Brial, *Examen critique des historiens qui ont parlé du différend survenu en 1141 entre le roi Louis le Jeune et le pape Innocent II*, en las «Mémoires de l'Académie des Inscriptions,» 1822, tomo VI. Vacandard, *Saint Bernard et la royauté française*, en la *Revue des questions historiques*, tomo XLIX, 1891. Dom Vaissète, *Histoire de Languedoc*, nueva edición, tomo III. Thiel, *Die politische Thätigkeit Bernhards*, 1885.

1



administración aparte. El rey y el duque se juntan en Luis VII por una simple yuxtaposición. Así lo quisieron los obispos y señores del Mediodía, que habían otorgado en esposa al hijo de Luis *el Grande* la heredera de su último soberano, el duque de Aquitania Guillermo X.

Las circunstancias exteriores eran extraordinariamente favorables. En 1137 las dos potencias vecinas a Francia, Inglaterra y Alemania, se hallaban consumidas por las agitaciones y querellas de la sucesión. El emperador de Alemania Lotario acababa de morir sin heredero varón. Su yerno el duque de Lax disputaba la corona a Conrado de Hohenstaufen, a quien sostenían el Papa y los arzobispos. Los normandos y los ingleses, desde la muerte del rey Enrique I Beauclerc (1135), estaban en plena guerra civil. Esteban de Blois, sostenido por su hermano Thibaut IV, conde de Champaña, luchaba contra la hija de Enrique I, Matilde, casada con el conde de Anjou, Godofredo *el Hermoso*. Y mientras se batían furiosamente a derecha y izquierda del Capeto, éste podía tranquilamente entrar en posesión del reino paternal y del feudo conyugal. Una revuelta de burguesas de Orléans, impacientes por organizarse en comunidad, otra tentativa comunista de las gentes de Poitiers y la insignificante resistencia de un tiranuelo de la Santoncha fueron las únicas dificultades con que tuvo que luchar Luis VII a su advenimiento. Triunfó de todas ellas, gracias a rápidas resoluciones. Heredero del prestigio con que habían adornado al trono las hazañas de Luis *el Grande* y de unos dominios todavía más extensos que los de sus predecesores, el joven rey tenía derecho a imaginarse que los poderes feudales y eclesiásticos no contaban con toda la fuerza necesaria para hacerle frente.

La historia tradicional apenas si conoce de Luis VII otra cosa que el rey posterior a la cruzada; el devoto rey que ayuna a pan y agua todos los sábados y obedece dócilmente las indicaciones de sus clérigos; el político cobarde y torpe que humilla la Realeza delante de los Plantagenets. Pero el Luis VII de los comienzos del reinado tiene un aspecto muy distinto: el de un príncipe autoritario y activo cuya ambición inquieta se adhiere a muchos objetos a la vez. Se lanza, con revoltosa audacia, a las más difíciles empresas. Parecen atraerle los conflictos con el poder feudal, con los obispos y con el Papa mismo. Y él fué, como tendremos ocasión de demostrar, quien tomó la iniciativa de la segunda cruzada.

Pocos reyes han comenzado tan airosamente. Apenas en posesión de la corona, se desembaraza, no ya de la tutela (era mayor de edad y consagrado desde 1131), pero hasta de la vigilancia de su madre, la viuda de Luis *el Grande*, Adelaida de Saboya. Abandona la reina madre el palacio y se retira a su dominio dotal. Y renuncia tan por completo a su situación real, que la olvida de hecho para contraer matrimonio con un barón de cuarto orden, el Señor de Montmorenci. Suger, hablando encubiertamente de este pequeño escándalo en la corte, atribuye el súbito retraimiento de Adelaida a un motivo de interés. Tal vez la disgustaran las prodigalidades de su hijo, que tiraba el dinero sin contarle, como todos los nobles jóvenes, y hubo de alejarse de la corte por temor de ver agotado el tesoro real y comprometer

su propia fortuna. La verdadera causa es que con escasa posterioridad a la muerte del rey Luis VI estalló la discordia entre las gentes de palacio, que todas ellas se creían con derecho a dirigir al heredero; y la influencia de la reina madre tuvo que ceder ante el abad de Saint-Denis, el más atendido y escuchado de los reales consejeros. La fraseología de Suger—aunque por demás oscura—hace suponer, sin embargo, que la ruptura no dejó de hacerse sin explicaciones acaso violentas. Suger escribe de sí mismo que contestó a la reina y a sus partidarios cuando le amenazaron con abandonar al rey: «Podéis, señora, repudiar la Francia; es una nación a la que nunca han faltado esposados.» En cuanto a Luis no vaciló entre su madre y el ministro que ya en el reinado anterior había servido tan bien a la monarquía. La reina partió, pues, y Suger continuó rigiendo el palacio.

No tuvo, sin embargo, tan completo dominio dentro de él, que hayamos de considerarle como inspirador único de la política del joven rey durante sus diez primeros años de reinado. Las determinaciones importantes de Luis VII, sobre todo en lo que se refiere a la guerra contra el papa Inocencio II y contra el conde de Champaña, se realizaron prescindiendo de Suger. Este monje de tan moderado espíritu, tan prudente y tan deseoso de ver al reino en paz con el poder eclesiástico, se inclinaba más bien a exagerar las medidas conciliadoras. Su primer acto fué una concesión impolítica al alto poder feudal. Por su consejo solicitó Luis VII el apoyo del conde de Champaña, Thibaut IV. El rey y el poderoso barón se encontraron en Auxerre (1138) durante una cabalgada que hacia Luis VII por la parte 1138 oriental de su reino para recoger los homenajes de sus vasallos. Suger quiso asegurar al rey la alianza de un hombre «conocido de todos por su honradez y fidelidad a los compromisos adquiridos.» Y sigue contando Suger que en la entrevista de Auxerre se conmovió Thibaut hasta derramar llanto, «declarando que daba gracias a Dios por la amabilidad con que el rey aceptaba sus servicios y renunciaba a los sentimientos de animosidad que sus predecesores habían abrigado habitualmente contra los condes de Champaña.» Alusión inconveniente é injusta a los anteriores altercados de Thibaut con la corona. El conde de Champaña olvidaba que Luis *el Grande* dos años antes de su muerte y siempre por instigación de Suger, se había reconciliado con él y, admitiéndole al consejo real, le había poco menos que encomendado la tutela de su heredero.

Thibaut, en el transcurso de treinta años de guerra contra la monarquía, había dado pruebas de una perfidia rencorosa. Suger imaginó tal vez dar un golpe habilidoso, colocando al rey y al reino bajo la protección de un feudatario a quien los clérigos y los monjes respetaban como amigo de San Bernardo y sostén del clero reformista. Pronto su ilusión fué disipada. En 1138, dispuesto Luis VII a partir para castigar a los insurrectos de Poitevins, pide ayuda a Thibaut. El conde se excusa bajo pretexto de consultar a sus barones. Se le envía a Suger, que no logra de él ni dinero ni soldados. En 1141 el rey, para hacer valer los derechos que sus antepasados los duques de Aquitania habían reivindicado con frecuencia sobre Tolosa, organiza una expedición contra el conde Alfonso Jourdain. Thibaut no se preocupa

siquiera de ver al Capeto acrecer todavía su poder y sus dominios. A despecho de la ley de vasallaje, se niega a auxiliar a Luis VII ni aun con el minimum de su contingente de hombres de armas. Y el rey rompe con este pretendido aliado.

El abad de Saint-Denis continuaba dirigiendo los negocios corrientes del reino; pero en las cuestiones de alta política tenía el rey un consejero, al que se reconocía incapaz de resistir. Su joven esposa Alienor le inspiraba una ternura apasionada y celosa, casi «inmoderada» (1). La reina, acostumbrada a la vida fácil de las cortes del Mediodía, amiga de la poesía y de los poetas, coqueta, ligera y sensual, como tantas otras damas divinizadas por los trovadores, no encontró jamás entre las tradiciones de su familia el respeto al clero y a las cosas santas. Su abuelo Guillermo IX *el Cancionero* hacía burla con frecuencia de los clérigos y resistió abiertamente a la voluntad de los Papas. Su padre Guillermo X había sido el adversario de Inocencio II y de San Bernardo. Alienor arrastró poco a poco a su marido a osadías inesperadas, por parte de aquel antiguo alumno del claustro de Nuestra Señora, alimentado y crecido en el regazo de la Iglesia.

Mostróse Luis más hostil que su padre a las libertades eclesiásticas. Cosa grave, se negó a ser un instrumento en manos de los reformadores. En 1138 un monje de Cluni había sido elegido para obispo de Langres y el rey le acordó la investidura. Pero la influencia de San Bernardo le hizo substituir por un prior cisterciense, por lo que nuevamente se pidió la aprobación real. Descontento Luis VII por no haber sido consultado, se negó por de pronto a reconocer al candidato del abad de Claraval, y éste tuvo que escribirle en más de una ocasión cartas tan suplicantes como la que sigue: «Vuestras dilaciones nos espantan, a nosotros que vemos la diócesis entregada a la devastación y a la rapiña. Esta tierra de Langres es vuestra: la elección se ha hecho según las formalidades canónicas: el elegido os permanece fiel. No lo sería si no quisiera recibir precisamente de vos lo que a vos os pertenece. Pero todavía no ha tomado posesión de los bienes de la diócesis, ni ha entrado injustamente en vuestra villa.» El rey hizo esperar todavía su consentimiento. En 1139, en Reims, favoreció el establecimiento de la comunidad, es decir, el estado de cosas más contrario al régimen del clero local, y asimismo en 1146 le veremos fundar la comunidad de Sens, con detrimento del arzobispo y de los abades. En 1140 practica la candidatura oficial en la abadía de Morigni y los monjes se ven obligados a usar de la astucia para conservar su derecho.

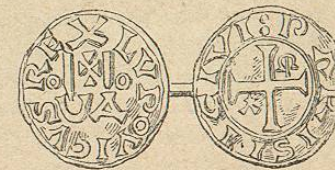
Este hijo mayor de la Iglesia no tolera que las elecciones y consagraciones de obispos se hagan sin su voto.

En 1141 el arzobispo de Burdeos, Godofredo de Loroux, instala obispo en Poitiers, sin prevenir al gobierno real anticipadamente. Luis VII prohíbe al obispo poner el pie en su ciudad episcopal y cita en justicia al arzobispo, escándalo que origina la intervención de San Bernardo y una carta virulenta en que el abad de San Claraval recrimina a Joscelin, consejero de

(1) *Amore immoderato*. La frase es de un contemporáneo, el autor de *Historia pontificalis*, es decir, probablemente Juan de Salisbury. Y no es este el único testimonio.

Luis VII, y recuerda la imprecación bíblica: «¡Desdichada la tierra cuyo rey no es más que un niño!»

La emoción de los jefes del partido reformista se acrecentó más y más todavía cuando supieron, en 1141, que en Bourges, en donde se hallaba el arzobispado vacante, el rey osaba oponer su candidato al del clero local, a quien el mismo Papa designaba. Entonces, en que triunfaba la buena causa por todas partes y el sacerdocio vivía en paz con el Estado, la querrela sobre las investiduras amenazaba resucitar de nuevo en Francia por el capricho de un príncipe de veinte años. El candidato de Luis VII era un clérigo de su capilla, el canciller Cadure: el de Inocencio II, Pedro de la Chatre, primo del canciller de la Iglesia romana Aimeri. El rey había comenzado por declarar que dejaría a los



Moneda de Luis VII (París)

electores de Bourges libres de ejercitar su derecho eligiendo a quien quisieran, excepción hecha de Pedro de la Chatre. Cuando la elección de este último fué un hecho, Luis juró sobre reliquias que, estando él vivo, Pedro no entraría en Bourges. La respuesta no tardó. Inocencio II consagró por sí mismo a Pedro de la Chatre é infamó a Cadure, con prohibición expresa de conferirle ningún beneficio. Después, y en vista de que Bourges permanecía cerrada a su candidato, arrojó su anatema sobre las tierras del rey. No hirió a Luis VII con excomunión personal, pero en adelante los oficios religiosos debían dejar de celebrarse a su paso. Y aun corrieron rumores, por lo demás inverosímiles, de que el Papa, no contento con haber maltratado al rey de Francia, hizo mofa de él. «El rey, se contó que decía, es un niño que está por educar; es necesario impedir que adquiera malas costumbres.»

Sabido es el valor que en la Edad media se atribuía a un juramento prestado sobre reliquias, y las consecuencias que, por otra parte, tenía un interdicto del Pontífice. De buenas a primeras el Papa y el rey habían ido tan lejos que les era difícil retroceder. Nada tenía que ver Suger con semejante aventura. Al lado de su señor abogó, hasta donde le fué posible, por la causa de Pedro de la Chatre. Pero, sin duda alguna, aquí también la reina Alienor triunfó de los escrúpulos religiosos de su esposo.

Un nuevo incidente vino a dar la medida del ascendiente de la reina. El senescal de Francia, Raúl de Vermandois, repudia a su mujer, la sobrina del conde Thibaut, para desposarse con la hermana de Alienor, Catalina de Aquitania. Tres obispos del dominio real consienten en disolver el primer matrimonio bajo pretexto de consanguinidad y bendecir el segundo. Los partidarios de la reforma se indignan. Enviase a Alienor un legado, que reuniendo un concilio en Lagni proclama la validez del primer matrimonio de Raúl. Y negándose este último a separarse de Petronila, se les excomulga a los dos. Se declara interdicto sobre la tierra



del conde de Vermandois. Se castiga con penas eclesiásticas a los obispos que han hecho el segundo matrimonio. Crece, agravándose, el conflicto religioso, y para colmo de desdichas se va preparando una crisis política. El conde Thibaut consideró como un ultraje personal la afrenta hecha a su sobrina. Por lo demás, se había mostrado siempre favorable a las intrigas de los reformistas, estando decidido siempre, por hábito y por principio, a favorecer la política de la Santa Sede. Se puso de parte de Pedro de la Chatre y le recibió en sus dominios. Puso su villa de Lagni a la disposición del concilio, que excomulgó al cuñado del rey. Y como esta conducta equivalía a una declaración de guerra, la guerra estalló efectivamente.

Luis VII se las había a la vez, por consiguiente, con Inocencio II, triunfador del cisma, dueño de la Iglesia, y con el más peligroso de los altos barones de Francia, porque a Thibaut no le faltaba jamás el apoyo de la más grande potencia de aquel siglo, San Bernardo. No podía olvidar éste último que el conde de Champaña era el protector y el banquero de la orden del Cister. ¿Pensaba tal vez el rey que en esta querrela con sus vasallos estaba el derecho de su parte, y que Thibaut, negándose a veces a prestar servicio militar a su soberano y haciéndose campeón del papa contra la dinastía, había tomado la ofensiva?—El conde permaneció fiel a su pasado, a sus tradiciones de enemigo encarnizado del poder real. El rey invadió rápidamente la Champaña y tomó a Vitri, donde 1.300 personas murieron abrasadas en la iglesia. Entretanto, Roberto, hermano del rey, conde de Dreux, ocupa militarmente Reims y Chalons (1142-1143).

Sorprendido el conde de Champaña, hizo un papel deplorable, defendiéndose apenas. Imposible de reconocer en él al hombre que se había batido tantas veces contra Luis el Grande y Godofredo de Anjou. Sus propios subordinados le hacen burla, reprochándole los donativos y las limosnas que tan frecuentemente le valen las alabanzas del clero. «¿Por qué—se decía—el conde Thibaut no emplea su dinero y su tiempo en más útiles empresas? Tiene lo que verdaderamente merece; por caballeros, monjes; por ballesteros, hermanos conversos: ahora podrá ver para qué sirve todo esto.»—En una reunión, a la que estaba presente San Bernardo, gritaba un obispo: «El conde Thibaut está entre las manos del rey: nadie puede salvarle.—Permitidme, le respondió otro obispo, hay alguien que podría libertarle.—¿Quién?—Dios, que es todopoderoso.—Es verdad, respondió otro, si él quiere, si toma la maza y golpea de todas partes; pero hasta el presente no lo ha hecho.»

El conde de Champaña fué salvado por el abad de Claraval. Este predicaba de ordinario la armonía del poder temporal y del poder espiritual, la unión de «las dos espadas,» pero sin desear la absorción del Estado por la Iglesia; tenía más amplio espíritu que la fracción intransigente del partido de la reforma. Por lo demás, respetaba en la realeza francesa un poder establecido por Dios y habiendo recibido del mismo inviolable dignidad. Si en alguna de sus cartas trata duramente a los príncipes de la familia de los Capetos, no habla mucho mejor de algunos papas y cardenales. La santa cólera, a la que con frecuencia cedía en defensa de lo que él juzgaba ser la verdad y la justicia, le arrastraba a expre-

sarse como un profeta de la Biblia, con violencias de que se excusaba en seguida humildemente. Pero este representante del internacionalismo de la Iglesia no pudo ser y no fué jamás, como dejamos probado (1), un servidor incondicional de los Capetos. En los conflictos de 1142 se decidió por la Champaña en contra de la Francia real, por el vasallo contra el soberano, y es el mismo Luis VII quien se lo reprocha. Bernardo, en efecto, excitó al papa Inocencio II a intervenir en favor de Thibaut mientras procura suspender las hostilidades, insistiendo cerca de Luis VII y de sus consejeros.

Gracias a sus negociaciones activas y reiteradas, el conde de Champaña concluye con el rey de Francia (1143) el tratado de Vitri, por el que Luis VII se obliga a devolver sus conquistas a condición de 1143 que el conde tome sobre sus hombros el compromiso de hacer levantar la excomunió lanzada contra Raúl de Vermandois y su segunda esposa. Ante todo, era necesario evitar la ruina completa del feudatario: la excomunió es levantada, en efecto; pero una vez Thibaut fuera de peligro, llueve sobre Raúl un segundo anatema. La negociación había sido únicamente una comedia destinada a salvar la Champaña con su señor.—Y San Bernardo, en carta dirigida a Inocencio II, aprueba esta obra maestra de diplomacia: «Para impedir la desolación completa del país y la ruina de todo un reino dividido entre sí mismo, vuestro hijo muy devoto (Thibaut), amigo y defensor de la libertad eclesiástica, se ha visto forzado, bajo fe de juramento, a hacer levantar la sentencia de excomunió pronunciada por vuestro legado contra el tirano adúltero (Raúl de Vermandois). Ha hecho esta promesa rogado y aconsejado de muchos y sabios varones; los cuales todos le decían que el levantamiento de la sentencia podía obtenerse fácilmente de vos, sin violar las leyes de la Iglesia, y que—ya que la dicha excomunió era justísima—a vos quedaba siempre el derecho de renovarla inmediatamente y de confirmarla a perpetuidad. Por esta manera se desharía la astucia con astucia, se obtendría la paz, y aquel que se glorifica en su malicia y es poderoso en la iniquidad (Luis VII) no sacará provecho alguno.» Aquí el abad de Claraval se muestra más político de lo que a su grande alma convenía.

Luis VII, burlado así, ocupa nuevamente parte de la Champaña y niegase a dejar proveer las sedes episcopales vacantes. En desquite, Thibaut trata de formar contra él una liga feudal. Se alía con los condes de Flandes y Soissons. Anúncianse los esponsales de su hijo mayor con la hija del primero de estos señores, y los de su hija con el segundo. Estos dos matrimonios en semejantes circunstancias tenían una significación clarísima. Luis VII los declaró ilegales, en derecho feudal, ya que se habían pactado sin el voto del señor, y trató de hacerlos anular por la Iglesia so pretexto de parentesco. Bernardo intentó nuevamente defender a Thibaut. Según él, los dos proyectos de matrimonio debieran tranquilizar al rey en vez de alarmarle: «El rey reprocha al conde como un crimen el querer casar sus descendientes con barones del país; la afeción mutua de sus vasallos le parece sospechosa; cree amenazada la

(1) Véase el tomo I, página 556.

realeza cuando los barones se aman y se unen entre ellos!» Otro contemporáneo expone la cuestión con mayor franqueza: «El conde Thibaut—dice,—completamente exasperado, apartaba en cuanto le era posible a los barones de Francia de la fidelidad debida al rey.»

La perplejidad de Bernardo se refleja curiosamente en su correspondencia. Desea la paz para la Iglesia y para Thibaut, pero conoce que no la obtendrá mientras pese sobre el rey el interdicto y se esfuerza en llevar a Inocencio II a una tregua de severidades. Aboga con él por la causa del rey de Francia, haciendo valer su dignidad y su juventud. Desoído por esta parte, se vuelve a Luis VII y le reprocha su conducta contra la Iglesia. «Haced cuanto queráis, exclama, de vuestro reino, de vuestra alma y de vuestra corona; pero nosotros, hijos de la Iglesia, no podemos disimularos las injurias hechas a nuestra madre, y—os lo advierto—nos levantaremos y combatiremos por ella hasta la muerte si es preciso, no con espadas y escudos, sino con las solas armas que nos son propias, las oraciones y las lágrimas... Vuelvo a deciroslo: si persistís en esa actitud, no esperaréis por largo tiempo la venganza.» Finalmente, en carta a un cardenal, deja escapar esta sentencia gravísima de donde nacerá con el tiempo el divorcio de Alienor: «¿Con qué cara osa el rey imponer a los demás un respeto tan riguroso a la ley de consanguinidad, cuando él mismo ha tomado por esposa a una mujer, su prima en tercero ó cuarto grado?»

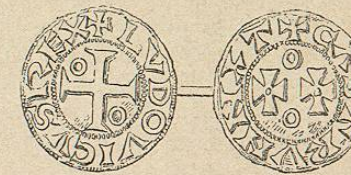
No puede presumirse cuál hubiera sido el fin de esta guerra religiosa y feudal, con tal encarnizamiento mantenida por una y otra parte, si la desaparición de uno de los adversarios no hubiera venido a cambiar la faz de las cosas. El 24 de septiembre de 1143 moría Inocencio II, y no era transcurrido un año cuando, gracias a los esfuerzos combinados de Suger y de San Bernardo y al espíritu conciliador del nuevo papa Celestino II, la paz se concluía. El interdicto que pesaba sobre el papa y sobre su tierra fué levantado, a tiempo que Thibaut abandonaba sus proyectos de matrimonio. Luis VII, por su parte, tuvo que evacuar la Champaña y reconocer a Pedro de la Chatre como arzobispo de Bourges. Igualmente le fué preciso resignarse a la excomunió de Raúl y Petronila, cuyo matrimonio no fué reconocido válido por la Iglesia hasta cuatro años después. En suma, la realeza había reportado los éxitos militares, pero el triunfo fué del Papado.

Atribuyóse este resultado al triunfo de la virtud divina que magnificaba los actos de San Bernardo. Si hemos de prestar crédito a los biógrafos de Claraval (1), el santo había profetizado, en un día de inspiración, que la paz debía celebrarse en el término de cinco meses. Igualmente nos muestran a Bernardo en el curso de sus negociaciones, encontrándose con la reina Alienor en la abadía de Saint-Denis y reprochándole el estorbarlas. Obstinábase ella en hacer exigir por el rey, como condición *sine qua non*, el levantamiento de la excomunió de su hermana y su cuñado. «Renunciad a esa empresa, le dijo el santo, y dad al rey mejores consejos.» Y

(1) Las vidas de San Bernardo no son después de todo sino obras de edificación y recuentos de milagros en que el narrador entusiasta tiende visiblemente y siempre a hacer de su héroe el centro de la política general y a atribuirle todos los hechos importantes de la historia contemporánea.

como ella se quejara del dolor de no haber tenido hijos después de siete años de matrimonio: «Haced lo que os pido, respondió Bernardo, dejad de oponeros a nuestros esfuerzos, y yo rogaré a Dios que os otorgue el heredero deseado.» Luis VII, en el momento de concluir la paz, recordó a San Bernardo su promesa. Bien pronto dió la reina a luz una hija: los cielos la habían perdonado a medias.

Cierto es que Bernardo tuvo una gran influencia en la conclusión del tratado de paz, y puede creerse que su elocuencia arrebató al joven rey como arrebató a las turbas. Pero por muy distintas razones que el abad de Claraval, Suger convencía a su señor de la necesidad de concluir. Todos los hombres de Iglesia tenían interés en hacer cesar una lucha cruelmente comprometida



Moneda de Luis VII (Nanteuil)

para ellos mismos, ya que ponía en conflicto su deber de fieles al rey con sus sentimientos de cristianos. En el fondo, Luis VII se sometió porque en el siglo XII un rey en guerra con la Iglesia y herido de anatema estaba imposibilitado para el gobierno.

Mientras se negociaba la paz de 1144, un acontecimiento político de la mayor trascendencia tenía lugar en la Francia del Oeste. Esteban de Blois y su hijo, Eustaquio de Boulogne, ocupados en Inglaterra 1144 por su lucha contra el hijo de Enrique I, no podían defender la Normandía. Godofredo el Hermoso, conde de Anjou, se apoderó de ella y completó su conquista por la toma del castillo de Ruán (23 abril). El poderío normando, unido al de Anjou, el ducado al condado, he aquí un motivo de preocupación para el rey de Francia. ¿Podía dejar que esta anexión se verificase? Pero ¿cómo oponerse sin echarse de cabeza a una nueva guerra? Con su temperamento de soldado y sus ambiciones de conquistador, no era Godofredo hombre de zafarse, como Thibaut de Champaña, y además tenía por aliado a su cuñado, el conde de Flandes, Thierry de Alsacia, a quien por cierto no faltaban las fuerzas militares. Luis VII fué lo bastante hábil, no pudiendo impedir la conquista de Normandía, para sacar partido de ella. Diríjese rápidamente con su ejército a la frontera normanda y hace que sitia a Driencourt, plaza fuerte no caída todavía en poder del de Anjou. Este, por no verse inquietado en su toma de posesión del ducado, se resigna a un sacrificio. Cede al rey el castillo de Gisors, una de las llaves de la Normandía, siempre objeto de querrela entre normandos y franceses, y le cede asimismo otros castillos del Vexin. Luis VII se encuentra de esta manera, sin riesgo por su parte, en posesión de un territorio que sus predecesores habían reclamado en vano a Guillermo el Conquistador.

En suma, el rey principiante no había tenido tan mala fortuna. Únicamente se había retirado ante el poder religioso, lo que durante la Edad media no se consideraba humillante. Hubiera podido esperarse mucho del